Era también Motecuhzuma de condición mudable y se arrepintió de lo hecho y le pesaba de la prisión de su sobrino Cacamatzin, a quien había querido mucho y porque conoció que los castellanos poco a poco se iban haciendo señores de sus tierras, y (lo que peor era) de su persona y porque le había certificado el demonio que si apartaba de sí aquella gente no se acabaría en él el imperio de los de Culhua, sino que con mayor prosperidad se iría dilatando y reinarían después de él sus hijos y descendientes y que no creyese en agüeros, pues era pasado el año octavo y andaba en los diez y ocho de su reino; y así fue cosa cierta que antes que Motecuhzuma hablase a Cortés, tuvo apercibidos cien mil hombres de guerra para echarle por fuerza en caso que por bien no quisiese irse.

CAPÍTULO LIX. *Que Pámphilo de Narváez viene a Nueva España con una armada que el adelantado Diego Velázquez hizo, y cómo llegó a la costa y echó el ejército en tierra y le prendieron los mensajeros y trajeron a Mexico*

RA MUY GRANDE EL SENTIMIENTO que tenía el gobernador Diego Velázquez del tiro que le había hecho Fernando Cortés y mucho se le acrecentaban los buenos sucesos que oía y las riquezas de la tierra que se habían descubierto sin haberse hecho ninguna suerte de reconocimiento, habiendo gastado tanto de su hacienda en aquella armada. Aumentaba también su pena el parecerle que si hubiera ido en persona no se le hubiera escapado la buena dicha de aquel viaje y tanto más lo sentía cuanto vía que las cosas se iban acomodando en favor de Fernando Cortés, así por los procuradores que habían ido a la corte con el quinto y presente para el rey, como por la mucha gente que había que se inclinaba a venir a Nueva España a servir debajo del nombre de Cortés, el cual ya era celebrado en todas las Indias. Y conociendo que la gente, de una manera o de otra, se había de venir, acordó de recogerla y traerla en un armada que determinó de hacer, y venir en persona contra Fernando Cortés, pareciéndole que su presencia sería de importancia, pues el delito sería doblado cuando no le respetase; aliende de que siendo la mayor parte de la gente que andaba en Nueva España, hechuras suyas, deudos, amigos y criados suyos, le obedecerían. Estando pues aderezando el armada y habiendo el Audiencia de La Española tenido aviso de su propósito, envió al licenciado Lucas Vázquez de Aillón, uno de los oidores de ella, para que procurase estorbar aquella jornada, diciendo que la presencia de Diego Velázquez era necesaria en Cuba; pues mediante su autoridad se conservaba la gente castellana y los indios vivían en sosiego, y que si iba no había duda, sino que por ser tan amado le siguiría toda la gente y la isla quedaría despoblada. Lo mismo le aconsejaba Vasco Porcallo de Figueroa, Baltasar Bermúdez y Pámphilo de Narváez, hombres principales, y que cada uno deseaba que le

encargase el armada y que no poniendo su persona en riesgo obedeciese al Audiencia. Y como era de buena condición, fueron tantas las persuasiones que vino en ello, y tratando de la persona a quien había de nombrar por teniente, inclinábase a Baltasar Bermúdez que era su deudo y de su tierra y al cabo se resolvió en Vasco Porcallo de Figueroa. Y habiendo entendido algunos días después que el adelantado se había entibiado con alguna muestra de descontento de su elección (como hombre quizá escarmentado del caso de Cortés), en presencia de algunos caballeros, le dijo que la jornada que se emprendía no era tan fácil, por ser Fernando Cortés hombre que se sabría bien defender y que convenía que para ella enviase persona de valor; y que habiendo sabido que de él no tenía entera satisfación se desistía de ella y con esto determinadamente volvió las espaldas; el adelantado (que quedó muy confuso) no se atrevió a importunarle, viéndole tan cerrado porque tenía valor. Tratóse a quién se encomendaría el armada y al cabo nombró a Pámphilo de Narváez, porque era bien quisto, hombre al parecer cuerdo y animoso, aunque confiado.

Era el armada de once navíos y siete bergantines y Pámphilo de Narváez, con los poderes que ya tenía de Diego Velázquez, la solicitaba y llevaba título de gobernador de Nueva España, con particular instrucción de enviar preso a Cuba a Fernando Cortés. Volvió la Real Audiencia, sabiendo esta comisión, a enviar al licenciado Lucas Vázquez, para que estorbase la jornada, así por excusar guerras civiles entre una misma nación, como porque la tierra no se despoblase. Hizo sus requerimientos y diligencias, poniendo en consideración que los sucesos de las guerras suelen ser muy diferentes de lo que los hombres presuponen; a lo cual respondió el adelantado, que pues la desobediencia de Fernando Cortés era tan grande, que no sólo era él, con ella, ofendido, sino la majestad real, y que pues había dejado de ir en persona, por obedecer al Audiencia, le rogaba que no permitiese que demás de perder tanto gasto, como tenía hecho, perdiese la honra y la posesión, de lo que por provisiones reales tenía. Estaba presente Pámphilo de Narváez y dijo que conocía a Fernando Cortés y le tenía por hijo y por amigo y que todos los que se hallaban en Nueva España dependían del señor adelantado y que por tanto no había que temer de inconvenientes, pues protestaba que iba en servicio de Dios y del rey, por orden del señor adelantado, y que no se lo estorbase, pues de cualquiera manera se pensaba embarcar dentro de dos horas. El licenciado Lucas Vázquez, visto el poco fruto que hacía, aunque había replicado y con muchas razones probado, que aunque aquella guerra era justa no convenía, dijo que también se quería embarcar, para excusar inconvenientes y procurar de concertar el negocio; y aunque pesó de ello a Pámphilo de Narváez, no se lo osó impedir, por ser persona de tanta autoridad; y comenzó su viaje y cerca de las sierras de San Martín, con un viento norte, perdió un navío de poco porte que dio al través, adonde iba por capitán Christóbal Morante, natural de Medina del Campo. Y por el mes de abril llegó a la Isla de Sacrificios, adonde acudieron a Narváez tres de los soldados que el capitán Pizarro había dejado en la estancia de Chinantla, que se llamaban Cervantes, Es-

calona y Alonso Hernández, los cuales diciendo grandes males de Cortés, no eran mal oídos de Narváez. Dijéronle también cuánto estaba de allí la Villa Rica, adonde residía en nombre de Cortés, Gonzalo de Sandoval y que enviando a él gente de guerra, luego se le darían, pues no eran más de setenta soldados de poco provecho.

Luego envió Pámphilo de Narváez a un clérigo, dicho Juan Ruiz de Guevara y a un hidalgo, llamado Amaya, con Alonso de Vergara, escribano, con una carta de creencia, para Gonzalo de Sandoval, para que le obedeciese, ofreciendo de hacer presentación de las provisiones que llevaba a su lugar y tiempo, y determinó de desembarcar en la costa de Cempoalla; y no fue bien llegado con el armada, cuando Motecuhzuma fue dello avisado a tiempo, que no había más de ocho días que partieron los que para fabricar los tres navíos, para que Cortés se pudiese ir, habían llegado de Mexico. Y habiéndole enviado sus ministros la relación de todo en pintura (que eran las cartas con que aquellos indios se entendían), mandó llamar a Fernando Cortés (que como hombre a quien había dicho que se fuese de su tierra, estaba con temor de alguna conmoción), el cual dijo a sus compañeros que advirtiesen que el rey le había mandado llamar, no a son de preso, sino como señor que les tenía la lanza al ojo, lo cual no tenía por buena señal, que se les pusiese Dios delante y estuviesen con cuidado, y habiendo respondido, que teniéndole por caudillo, estaban muy animosos y contentos, fue a Motecuhzuma, que le dijo con gravedad de príncipe: señor capitán, sabed que son venidos navíos de vuestra tierra, en que podréis ir, por tanto aderezaos con brevedad que así conviene. Respondió Fernando Cortés, que aunque le pesaba dello, lo hiciera de buena gana por darle contento, pero que los navíos que se habían mandado hacer y se habían ya comenzado no estaban acabados y que en estando lo cumpliría. Replicó Motecuhzuma que diez y ocho navíos estaban en la playa de Cempoalla y que luego tendría aviso si habían salido a tierra y entonces diría qué gente era; de que recibió Cortés gran contento y dio gracias a Dios y envió a decir a su gente que estuviesen de buen ánimo, pues que al cabo de cinco meses que estaban en Mexico les llegaba ayuda para acabar bien aquella empresa. Llegó al instante otro correo y en pintura mostró y de palabra dijo que estaban en tierra ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes y doce piezas de artillería. Motecuhzuma abrazó a Cortés y le dijo que le quería más que nunca y le convidó a comer. Dicen algunos que hizo esto juzgando que estaba más poderoso Cortés. Comieron juntos con alegría; a los unos pareciendo que con las nuevas fuerzas estaban más seguros y los otros que habiendo navíos, se verían libres de aquellos huéspedes. Y hay quien afirma que hubo quien aconsejó a Motecuhzuma que matase a aquellos castellanos, pues los tenía en su poder, antes que se juntasen con los recién llegados y que lo trató con los de su consejo, adonde se acordó que sería cosa gloriosa dejarlos juntar y vencerlos a todos y sacrificarlos. Consejo bien acomodado para los castellanos y malo para los indios, pues de juntarse se hacía poderoso el ejército y los que no podían con tan pocos menos podrían con tantos.

Gonzalo de Sandoval fue al momento avisado de la llegada de la armada y a cada paso enviaba a reconocerla. Sacó de la Vera Cruz los soldados inútiles y los envió a un lugar de indios; los otros se le ofrecieron de morir por Cortés. Y hecho el ofrecimiento mandó plantar una horca y luego le avisaron las guardas que llegaban cerca de la villa seis castellanos y algunos indios de Cuba. Aguardólos en su casa y mandó que nadie hablase con ellos, y como no hallaban con quien hablar, sino indios que trabajaban en la fortaleza, fuéronse a la iglesia y de allí a casa de Sandoval, porque les pareció lo mejor. El clérigo Guevara hizo su salutación y una grande arenga, contando los gastos y razones de Diego Velázquez, pidiendo que todos fuesen a dar la obediencia a Pámphilo de Narváez, en nombre del adelantado que había llegado con aquella armada, con algunas palabras demasiado de libres. Gonzalo de Sandoval le dijo que Fernando Cortés y los demás que estaban en Nueva España con él eran buenos vasallos y servidores del rey y que si no fuera clérigo se lo mostrara con efetos. El clérigo ordenó al escribano que sacase la carta de creencia y los papeles que llevaba y los leyese y notificase. Sandoval le dijo que fuesen a Mexico a Fernando Cortés que respondería. Y porfiando el clérigo en que se había de notificar, le hizo arrebatar y a sus compañeros y con indios, en hamacas de red, los envió a Mexico y por alguacil con ellos a Pedro de Solís, adonde llegaron en cuatro días, caminando días y noches, mudándose los indios, que los llevaban a trechos y yendo de ellos muy espantados de lo que les sucedía. Escribió Gonzalo de Sandoval lo que pasaba y Cortés en llegando cerca de Mexico los mandó soltar y envió caballos en que entrasen y los recibió y trató muy bien.

CAPÍTULO LX. *Que sabe Pámphilo cómo le llevaron sus mensajeros; Motecuhzuma le envía un gran presente a la costa y Cortés suelta los castellanos presos y se los envía a Narváez, y le escribe*

ON EL PRIMER AVISO que tuvo Motecuhzuma de la llegada de Pámphilo de Narváez volvió a mandar a sus gobernadores y ministros que regalasen aquel ejército y le proveyesen de vitualla y diesen presentes al capitán general. El cual con diligencia sacó su gente a tierra y todo lo demás del ejército y se fue a alojar en Cempoalla y envió por la tierra a los tres soldados que se le habían allegado, como hombres que sabían, para que informasen cómo él era el legítimo capitán general del rey de Castilla y que Fernando Cortés tenía usurpado aquel cargo y esto mismo dijo al señor de Cempoalla, y que si había Cortés hecho alguna cosa mala le castigaría. Supo de este señor cómo había vencido a los tlaxcaltecas y los tenía por amigos, que había prendido a Motecuhzuma, quemado a Quauhpopoca y quitado el reino a Cacamatzin y, que en suma, se hallaba